



JUAN DE DIOS ARIAS.



JUAN DE DIOS ARIAS

JUAN DE DIOS ARIAS merece un artículo, porque como escritor y periodista satírico ha tenido su gran época, en aquellos días terribles en que la prensa, la tribuna y la guerra eran los múltiples terrenos en que libraban terribles combates los partidarios de la reforma y sus obstinados enemigos, en ese tiempo en que la discordia civil enardecía las ánimos de tal manera, que desde el hogar doméstico hasta el campo de batalla se desconfiaba, se luchaba y se odiaba.

Arias pertenece al partido progresista más avanzado: esta circunstancia por sí sola no constituye un motivo de alabanza, porque todos los partidarios de buena fe son dignos de respeto, cualesquiera que sean sus ideas; el credo político es cuestión de apreciaciones, es una forma de patriotismo, que en último análisis viene á con-

vertirse en la creencia de que por tal camino, mejor que por tal otro, se puede llegar á la felicidad pública, estableciendo el gobierno más adecuado á las tendencias del pueblo, la administracion más conforme á las exigencias nacionales, y una política más conveniente á las costumbres y al modo de ser de una sociedad.

Pero Arias no sólo ha sido un partidario constante y atrevido, en cuyo caso no hablaríamos de él, que la política no nos llama la atención, sino un periodista popular y afortunado, y esto es lo que le hace caer en nuestras manos.

Juan Arias se formó solo, y esto sí es un gran mérito. En México tienen la costumbre todos los que de alguna manera figuran, y que son la rama de una familia pobre, de decir que se han «formado solos,» aquilatando con esto los méritos que han sido parte á su elevación, y buscando siempre algo de ese reflejo fantástico que realza tanto las proporciones de hombres como Nerva, Sixto V ó Lincoln; pero esto generalmente no es más que una vanagloria, y tan vana como la de los que hablan siempre de nobilísimos y distinguidos parientes que, ó no existen ó no tienen con ellos más vínculos que los que reza el entremés de los «Remendones:»

«De que una abuela con otra
«Vienen á ser dos abuelas.»

Se forma solo, un hombre, cuando no cuenta para su

educación con el Estado, con un pariente rico, ó con un generoso protector que le alimente y le dé todo lo necesario; cuando como Rodríguez Puebla, el famoso Rector del Colegio de San Gregorio, niño pobre y desvalido tiene que pedir prestados sus libros á los colegiales para ir durante la noche á estudiar á la luz de los hachones de los puestos de los mercados, trabajando durante el día para ganar el sustento: pero entre nosotros, lo más común es que el Estado ó el Clero tomen por su cuenta á estos niños desvalidos y sean su Providencia, hasta el día en que obtienen el título de una carrera profesional ó un empleo para ganar la vida. Estos, cuando llegan á hombres, cuando de alguna manera hacen algún papel distinguido en la sociedad, no pueden sin ingratitud, decir que se han formado solos, ni adornarse con la corona del atleta vencedor, porque no han tenido que sostener esa doble y fatigosa lucha por la existencia y por el saber.

Juan Arias desde los trece años de edad necesitó ganar su vida y aprovechar el tiempo del descanso en la instrucción; y notables aptitudes debe poseer cuando ha llegado á distinguirse como periodista y poeta, y aun ocupar una Secretaría de Estado.

Arias redactó un periódico satírico, *La Pata de Cabra*, que tuvo tan gran popularidad, que, pasados ya muchos años, no faltan quienes lo recuerden con gusto. Como historiador, su «Reseña» sobre las campañas del Ejército del Norte, está llena de datos interesantes; y eso que

puede decirse que fué escrita á paso de carga: se creyó necesaria la publicacion de la obra en un tiempo dado, y no hubo remedio; á llenar pliegos y á dar trabajo á la imprenta.

Juan Arias pertenece ya á los veteranos de la prensa: de sus compañeros, de sus contemporáneos en el periodismo, la mayor parte han tomado cuarteles de invierno, y él sigue impertérrito escribiendo ya serio, ya jocoso, segun se le presenta la oportunidad. Durante su vida periodística, ha fundado catorce periódicos, muchos de los cuales han tenido larga existencia, y colaborado en la mayor parte de los que se han escrito en la capital de la República.

En los aciagos dias de la Intervencion, Arias se vió obligado á permanecer una temporada en México, y escribió en dos periódicos republicanos, *La Sombra* y la famosa *Orquesta*. En sus escritos se ve el refljo de la prensa de los tiempos de Pancho Zarco, de Joaquin Tellez, de Alcaraz y de las mocedades de Don José María Iglesias.

Arias se ha distinguido por su honradez; habiendo ocupado elevados puestos, vive ahora en una humilde medianía. Tiene grandes aptitudes que no ha querido aprovechar: es pintor y músico, sin que de esto haya sacado nunca provecho: es uno de esos hombres que no son de este tiempo; por eso la pasa en la oscuridad.

Arias tiene conmigo un punto de contacto que me hace profesarle más cariño: su aficion á la comedia. Breton

de los Herreros es su gran autor; rie con él cada vez que toma una de sus comedias entre manos, y á fe que le sobra razon.

La comedia es el verdadero cuadro de las costumbres en la escena. Si como se ha dicho siempre, el teatro sirve como escuela de moral práctica, encomiando á la virtud y haciendo odioso al vicio, realmente ni el drama ni la tragedia pueden cumplir esta mision. Los vicios que tenemos los hombres civilizados del siglo XIX, no son los que pintan los dramas y las tragedias, salvo casos excepcionales; y por eso no es fácil corregirlos presentando á Valero, á la Cairon, á Arjona, á Catalina, á Vico, ni á Rossi ni á Boot.

¿Quién busca la enmienda en un trilogio de Esquilo, en la Orestiada por ejemplo, y ve á *Agamenon*, las *Keophoras* y las *Euménides* para quitarse la tentacion de matar á su madre, digo, á su propia madre? ¿Quién deja de estar enamorado de una muchacha cuyo padre (como todos) se opone al *trapicheo*, porque ve representar á *Don Álvaro ó la fuerza del sino*? Ni todos los enamorados salen entónces figurándose que van á matar al padre y al hermano y al otro hermano parando por fin en tirarse de cabeza de la torre de Catedral, ó cuando ménos arrojándose en alguno de los barrancos con que el Ayuntamiento tiene adornadas las principales calles de la ciudad.

Pero se dirá: « Hay dramas como *El Gran Galeoto* que pintan las costumbres sociales modernas como ellas son,

y no ocurren á cuadros fantásticos como *La muerte en los labios*, *En el puño de la espada*, ó *La conjuración de Venecia*.» Sobre esto hay mucho que decir, porque realmente, *El Gran Galeoto* lo único que podrá curar será el derecho de juzgar las acciones ajenas, porque los personajes, el desenlace del drama y los episodios, todo está hecho para uso particular del autor, para poderse servir á su gusto, como dicen las recetas de cocina: *caliente y en la propia tortera*.

La comedia crítica y burla, más que crímenes, que no se impiden con versos, costumbres de sociedad y pequeños vicios que, sin ser infracción de leyes divinas ó humanas, molestan al prójimo, como decía el filósofo Heineccio, *más que una arena dentro de un ojo*, y que pueden fácilmente corregirse, con la agudeza de un chiste, con un verso fácil pero significativo, que los espectadores recogen y conservan en la memoria, ó con el nombre de un personaje que viene á ser la representación de aquel defecto.

Dicen los que saben, que la comedia, lo mismo que la tragedia, tienen un origen sagrado; que fiestas y ceremonias religiosas, entre los griegos hicieron nacer la una y la otra. Esto, más fácil es creerlo que averiguarlo; y á ser cierto, podría suceder muy bien que yendo y viniendo siglos, dentro de dos mil años, se escribiera por los sabios de esos tiempos que la ópera, es decir, *Semíramis*, *Norma*, *Aida*, *La Africana* y los *Hugonotes*, tomaron su origen, en el siglo XIX, de las misas cantadas; y la zar-

zuela, desde *Buenas noches Señor Don Simon*, hasta *La bella Elena*, *El Timbal de Plata*, y *El tributo de las cien doncellas*, de las misas rezadas, de los responsos, de los rosarios, ó de muchas otras de las ceremonias de la Iglesia en que el rezo se mezcla con el canto.

Pero no hemos de leer esos comentarios, y por ahora nos contentamos con creer lo que nos dicen de la comedia. A mí, la explicación que sobre esto más me satisface, es la que da Filleul en su *Historia del Siglo de Pericles*; porque además de que está bien apoyado, es quizá el único que se ocupa de la verdadera fuente de la comedia. La comedia nació en los Scómata, que era una especie como de penitencia en los misterios religiosos antiguos: la confesión hecha por el propio pecador estaba en uso, sobre todo en los misterios de Samothracia; el Scomma, era el reproche, la burla que se hacía públicamente al pecador para corregirle. En los misterios de Eleusis, la multitud esperaba á los iniciados al salir, en el puente de Cephisa, para asaltarlos verdaderamente con bromas y chistes picantes, ó con graciosas burlas, á lo que se daba el nombre de *gephyrismos*, y que puede traducirse como *farsas del puente*, según Renan.

En las Thesmophorias, las damas atenienses se echaban en rostro unas á otras sus defectos, pero con tal cuidado, que más que reproches eran chanzas de buen gusto: en las comidas sagradas, los Sparciatas jóvenes tenían que sufrir terribles Scómata; y todo esto se creía un

deber religioso en que debían mezclarse lo jocoso y lo serio. Aristóphanes lo indica claramente en el canto de los iniciados en la comedia de *Las Ranas*, y llegó á haber hasta un premio para el mejor Scómмата, cuya profesion se conoció por scomma ó scopto.

El Kommos era el festin que seguía al sacrificio; los convidados salían en grupos cantando, y este canto se llamaba Kommodia: los cantores recorrían las calles y los senderos en carros, lanzándose unos á los otros, así como á los transeuntes, scómματος más ó menos graciosos. Pero á poco, estas kommodias fueron organizándose por decirlo así, teniendo sus canciones propias, sus recitados, y sus máscaras y sus trajes, y constituyendo una especie de representacion al aire libre. Allí nació la comedia, que no tardó en instalarse en el teatro al lado de la tragedia, siguiéndola, y perfeccionándose como ella, y como ella considerándose también acto religioso é intermedio de las comidas sagradas; porque se comía en el teatro, y dice Filleul, citando á Ulpiano el escolasta de Demóstenes, que se distribuían al pueblo dos óbolos por cabeza para pagar la entrada al teatro; uno destinado al arquitecto, decorador del edificio, y otro para pagar la comida en que se repartían fiambres y vino á los espectadores y á los cómicos.

La comedia antigua, á pesar de su carácter religioso, se ocupaba principalmente en insultar y deshorrar á los hombres más prominentes y á los mismos dioses. Hér-

cules y Mercurio aparecen en las comedias de Aristóphanes como borrachos, tragones é interesados.

En *La Paz*, por ejemplo, cuando Trigeo llega al cielo, Mercurio le recibe como portero de Ministerio, y le dice:

MERCURIO (enojado).

¡Por la Tierra! vas á morir si no me dices tu nombre.

TRIGEO.

Soy Trigeo el Atmonense, viñador honrado, enemigo de pleitos y delaciones.

MERCURIO.

¿A qué has venido?

TRIGEO.

A traerte estas viandas.

MERCURIO (cambiando de tono).

¡Oh pobrecillo! ¿que tal, que tal el viaje?

TRIGEO.

Glotonazo, ¿ya no te parezco bribon? Ea, véte á llamar á Júpiter.

En *Las Aves*, Hércules es el que hace el papel de gloton: enviado con Neptuno para hacer un arreglo con Pistétero, fundador de la ciudad de las aves, Neptuno dice:

NEPTUNO.

¡Peste de estúpido! No he visto dios más bárbaro. Díme, Hércules, ¿qué harémos?

HÉRCULES.

Ya lo has oído; mi intención es estrangular, sea el que sea, á ese hombre que nos ha bloqueado.

NEPTUNO.

Pero, amigo mío, si hemos sido enviados á tratar de la paz.

HÉRCULES.

Razon de más para estrangularle.

PISTÉTERO (fingiendo no haberlos visto, y preparando el banquete).

Alárgame el rallador; trae silfo; dame queso; atiza los carbones.

HÉRCULES (dulcificando la voz á la vista de los preparativos culinarios).

Mortal, tres dioses te saludan.

PISTÉTERO.

Lo cubro de silfo.

HÉRCULES.

¿Qué carnes son esas?

PISTÉTERO.

Son unas aves que se han sublevado y conspirado contra el partido popular.

HÉRCULES.

¿Y las cubres primero de silfo?

PISTÉTERO.

¡Salud, oh Hércules! ¿Qué ocurre?

HÉRCULES.

Venimos enviados por los dioses para cortar la guerra.

Pero esto no es más que una ligera muestra; hay rasgos más enérgicos que pintan el respeto que se les tenía á los dioses. En el drama satírico, que era composición muy distinta de la comedia, se extremaba la burla. En uno de esos dramas, que es de Eurípides, Hércules hace un papel admirable: un agricultor le compra por esclavo y le envía á trabajar. El salvaje dios arranca la viña; lleva los troncos sobre sus espaldas hasta la casa; allí con ellos hace fuego para cocer enormes tortas de pan, en las que emplea toda la harina de los almacenes; asa un buey entero, el más grande del establo, y con esto, y con todo el vino que encuentra en las bodegas, almuerza tranquilamente, sobre las puertas de la casa que arranca para hacerse una mesa; y despues de haberse hartado, saca de cauce un río y sumerge la granja.

En cuanto á los hombres públicos, como generalmente la comedia, en los tiempos de Aristóphanes, que pueden llamarse la edad de oro del teatro griego, era política y no respetaba la vida pública ni la privada, ni se detenía ante calumnia alguna por abominable que fuese, y presentaba las acciones y los vicios más vergonzosos en un lenguaje tan claro y tan repugnante que avergonzaria á un carretero español, ya se puede suponer cómo serian tratados; y mas, recordando que por hábiles artistas se hacian máscaras representando exactamente al personaje que debia salir á la escena; de manera que no podia caer la menor duda de á quién se trataba de herir.